

El Eco de Cartagena

DECANO DE LA PRENSA DEL REINO DE MURCIA Y DE LA REGION DE LEVANTE

EL CUENTO DE LOS DOS PUEBLOS ENEMIGOS

A cada lado del monte había un pueblo. No recuerdo los nombres. Los llamaremos, para hacer el relato, el pueblo de la derecha y el de la izquierda. Por lo demás, salvo las diferencias de carácter, de costumbres y de modo de ver las cosas, los pueblos eran iguales. Cada uno tenía su fisonomía, pero ambos estaban empazados del mismo modo y tenían poco más o menos una parecida extensión. Lo interesante de la existencia de estos dos lugares era su antagonismo incorregible, su recíproca enemistad. Todo lo que hacían los del pueblo de la izquierda parecía mal a los del pueblo de la derecha, y cuanto se disponía o se proyectaba en el de la derecha merecía irremediablemente las críticas y los ataques del pueblo de la izquierda. La lucha era terrible, tenaz, constante.

Uno de los aspectos que más igualaban a los dos lugares del relato, más acusaban la semejanza de uno y otro, era la existencia de sus luchas internas. En uno y en otro pueblo, los que tenían la misión de dirigir no se entendían. Y la simpatía de unos vecinos para los que man-

habían en un momento dado y la antipatía de otros determinaba luchas internas, odios y rencores que sobrepesaban y tenían más importancia que los que secularmente separaban a los dos pueblos entre sí. En el pueblo de la derecha no se ponían de acuerdo jamás. Había voces sensatas que advertían el peligro que eso representaba. No faltaba quien indicase: «De este modo, si un día nos atacan los de enfrente nos cográn desprevenidos, divididos, sin unidad de acción ni de pensamiento y nos destruirán». En el pueblo de la izquierda ocurría otro tanto. A pesar de la analogía de criterio sobre cosas fundamentales, a pesar de la identidad de actitud respecto del poblado vecino, las luchas interiores eran más fuertes cada vez y no había manera de entenderse. Uno querían procedimientos normales de lucha, métodos legales, ausencia de toda violencia; otros, lo contrario. Y esta división les llevó a la derrota en una, de las ocasiones en que salieron al monte y en que los del pueblo de la derecha se habían unido, ocasionalmente, dando de la

de diferencias mínúsculas y que, sobre todo, no eran sustanciales. Pero el descalabro sufrido fué una lección que los vecinos del pueblo de la izquierda no dejaron de aprovechar. Decidieron unirse y olvidar episodios pasados. Muchas eran las diferencias que les habían separado, muy graves los daños y las ofensas que unos habían inferido a los otros, pero la realidad les aleccionó y les vino a enseñar que, por encima de todo eso, estaba la necesidad de unirse frente al adversario. Y así, ni siquiera los que siempre habían mantenido que había que ajustar la conducta a la moderación y a la prudencia se atrevieron ya a censurar a los que salieron al monte para agredir violentamente a los del lugar cercano y para quemar y destrozar el propio monte, motivo y pretexto de la secular disputa. No repitieron sus condenaciones. Callaron sus agravios y se unieron.

En el pueblo de la derecha se supo esta actitud. Se advirtió bien el peligro que representaba el que los vecinos del otro lado del monte se unieran y borrarán sus rencores y sus diferencias. Se señaló por los más sensatos y prudentes el riesgo, que implicaba que un buen día aquellos vecinos, puestos de acuerdo, olvidados de sus querrelas internas, saliesen juntos al monte. Pero en el pueblo de la derecha no se quiso aceptar la lección como se había aceptado en el

otro. Se mantuvieron las diferencias, se sostuvieron las rencillas. Cuando a guisa de advertencia: «No dormirán, nos van a destrozar», los más contumaces repellan: «Bien. Que nos destrocen. Para nosotros es más importante no aparecer unidos ni por un momento a los que, para gobernar nuestro propio pueblo, han seguido una táctica distinta de la que queríamos. No podemos facilitar a los que piensan de modo distinto que nosotros un triunfo que luego les va a servir para seguir en el gobierno del pueblo. Antes de eso, el caso». Los sensatos replicaban: «Pero hay cuestiones que están por encima de estas apreciaciones secundarias. Más importante y más grave que la lucha interna que nosotros mantenemos sobre si se debe gobernar con este sistema o con el otro, es que los del pueblo, vecino puedan asaltar el monte primero y nuestros hogares después y arrasarnos. Hay que unirse para oponer una barrera inexpugnable a los del pueblo de la izquierda. La necesidad de defender el monte y defender nuestro propio pueblo y nuestros hogares y nuestras costumbres comunes, que han estado siempre en primer lugar y que son sagras las o deben ser o, está evidentemente antes que todos estos pequeños problemas que nos separan. Cuando hayamos vencido, cuando hayamos podido derrotar la agresión de los vecinos de enfrente, entonces dilimitaremos nuestras contiendas y examinaremos quien debe gobernarlos y con qué procedimientos. Lo otro es más urgente y nos debe agitar. Sobre todo el ejemplo de lo que han hecho los del pueblo de la izquierda nos debe servir de lección. Ellos se han unido como un solo hombre, ellos han sabido dar de lado sus pleitos internos y sus contiendas privadas. Han formado un frente único para atacarnos. Debemos hacer lo mismo. Si nosotros nos unimos seremos invencibles, porque frente a los del otro lado representamos la razón y la justicia. Somos más fuertes, y el monte nos corresponde. Sobre nuestras luchas está la necesidad de no dejarnos arrasar». Pero no había manera. Los criterios cerrados se imponían. No había posibilidad de concertar las voluntades. El pequeño problema de si debía coger la vara Juan o Pedro, las mínúsculas incidencias sobre la manera de gobernar el Concejo, y de labrar las tierras, y especialmente de ordenar todo lo referente al monte, propiedad entonces de ese pueblo de la derecha, podían más que el peligro cierto, y cada día más fuerte, del asalto de los del pueblo de la izquierda.

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Un buen día los de la izquierda plantearon la lucha y acudieron al monte. Iban todos. No quedó en casa nadie. Ni los grandes. En el pueblo de la derecha no se llegó al acuerdo. Se acudió a la lucha. Pero acudieron los vecinos divididos, sin unidad de dirección ni firmeza previa de conducta y de resolución. Quedó gente en su casa por

de gana o por desengañó. Y los del pueblo de la izquierda, fuertes, numerosos, aglutinados, derrotaron a los del pueblo de la derecha. No quedó un vecino vivo. Ni una casa en su sitio. Todo se arrasó. Todo fué destruido. El monte pasó definitivamente a manos de los del pueblo de la izquierda. Lo destrozarón en pocos meses. Lo hicieron polvo. Pero cuando en el otro pueblo se quiso reaccionar era tarde. No había manera de oponerse a la violencia y sobre todo a la posesión. Los de la izquierda, amos absolutos de todo, no consideraron el diálogo. Se sintieron, dictatorialmente, los dueños de todos. Y los del pueblo de la derecha fenecieron para siempre...

F. C.

DE SOCIEDAD

LOS QUE VIAJAN

Ayer salió para Madrid el aienide don Eduardo Bonet.

—Regresó de Madrid el Secretario de Acción Popular don Miguel Carlos Roca.

—A Palma de Mallorca el capitán de navío don Antonio Moreno de Guerra, su distinguida esposa doña María Luisa Ripoll y sus sobrinas Lolita y Micaela.

—De los baños de Alhama ha regresado el coronel de Infantería de Marina don Andrés Sánchez Osaña y su distinguida esposa.

NOTAS VARIAS

Ha sido nombrada Superiora del Dispensario de la Cruz Roja la virtuosa Hija de la Caridad Sor Casimira Oiz, que actualmente estaba destinada en el Hospital de Marina de esta Base Naval y goza de gran estimación. Hoy se posesionó de su cargo, en el que le deseamos las mayores satisfacciones.

ENFERMOS

Se halla enfermo nuestro querido amigo y colaborador don Luis Martínez Laredo.

Inauguración del Sanatorio de Sierra Espuña

Para el próximo domingo día 10 está anunciada la inauguración del Sanatorio Antituberculoso construido en Sierra Espuña.

Para inaugurar las obras vendrá de Madrid el ministro de Trabajo y Justicia señor Salmón, diputado a Cortes por esta provincia.

De los servicios han sido encargadas las Hijas de la Caridad (españolas), las cuales se posesionarán mañana de su cometido.

Preparación para la carrera de Derecho en Instituto JURIS, San Blas, 4

D
Decalumen
Decalumen
Decalumer
Cuide su vista empleando mejor luz

— abreviado D.Lm. — es la denominación de la potencia lumínica de la lámpara Osram-D. En su casquillo se indica la intensidad de luz en D.Lm., juntamente con el consumo de fuerza en Watios y la tensión en Voltios a que debe lucir. Para disfrutar de luz hasta un 20% más barata, emplee siempre

OSRAM-D
lámpara intensiva de filamento a doble enrollamiento